

Zevilla. Capítulo 1.

José Ángel Rodríguez Paredes

Image not found.

Capítulo 1

I

14 de Marzo

Aún vivo en Sevilla y eso es algo bastante complicado de decir, porque desde que sucedió esta tragedia, lo que antes llamábamos vida, ha pasado a ser un mero recuerdo perdido en los orígenes del caos.

Perdí mi trabajo hace meses. Creo que perdí a mi familia hace meses, o al menos están en paradero que desconozco por ahora. He perdido todo contacto con mis amistades. He perdido a Gabriela.

Aún me alojo en el centro de la ciudad, mi ático de 45 metros cuadrados que sigue decorado del mismo modo: cheslong beis entrando a la izquierda con una mesa tablero, dos sillas blancas y dos pequeñas mesitas a ambos lados del sofá. Al fondo, la cocina, con su encimera de granito y justo al lado la nevera, es una cocina bastante estrecha, pero sigue cumpliendo su cometido. El salón-cocina y el dormitorio están a distinto nivel, por lo que hay que salvar un pequeño escalón para acceder a él, el mismo que tiene el baño, que está situado justo detrás de la puerta de acceso. Mi cama de matrimonio permanece inalterable con el paso del tiempo. Justo al lado un armario empotrado que alberga más ropa de la que podría usar. Saliendo por la puerta del ático está la terraza, anteriormente comunitaria y que posiblemente puede tener la misma extensión que el piso, quizás es algo que debería de haber medido ya. Antes estaba solitaria, con el suelo cubierto de tela asfáltica de color rojo y descubierta al cielo. Se convirtió en un invernadero cuando cubrí con polietileno el armazón de metal que antes sustentaban los tendederos. Hay tres hileras con maceteros alargados en los que cultivo tomates, calabacines, calabaza, lentejas, lechugas, etc. Son un buen sustento cuando faltan las latas de alimento.

El edificio tiene tres pisos, solo el mío sigue habitado. Ya expolié hace tiempo ambas estancias de todo lo necesario o todo lo que me faltase para poder subsistir, ahora son mi almacén. Es cierto que ambos pisos son mayores que el mío, seguro que estaría más cómodo en cualquiera de ellos, pero también estaría más intranquilo. La seguridad que me aporta la tercera planta es inmejorable.

Creo que me he vuelto un maldito paranoico con el tema de la seguridad. He ultimado cada detalle para hacer que mi edificio sea inexpugnable. Hace meses que instalé una doble barrera con rejillas en cada descansillo, todas reforzadas con barras de acero corrugado y con cerraduras de máxima seguridad de cuatro pasadores. Cada puerta se abre con una llave distinta, es un coñazo, pero también es mucho más seguro, aunque

en caso de una emergencia sería peligroso, joder, debo de cambiar los bombines de todas y cada una de ellas, es algo que debo recordar. La puerta de la entrada es segura, es una maldita puerta acorazada metálica. Es lo único que no tuve que modificar. Lo más irónico de todo es que la puerta de mi domicilio es una puta puerta normal y corriente, sin refuerzos, sin blindaje, con una cerradura de pasador retráctil, una maldita mierda en definitiva. Sin embargo, lo curioso del asunto es que hace meses que no me cruzo con nadie vivo. Ni un alma.

Me hace gracia recordar esa inmunidad que fuimos adquiriendo gracias a series de televisión, películas y videojuegos. Acerca de los múltiples nombres que se le fueron dando a estos seres que ahora gobiernan las calles: caminantes, ghouls, no muertos, reanimados...putos zombis en definitiva. Cuantas veces recordaré expresiones tales como "joder, estaría guapísimo vivir un apocalipsis zombi". Al final llegó y de momento, a no ser que encuentre pronto a alguien con vida, todos aquellos flipados están criando malvas. Ya van para 6 meses sin noticias de nadie.

El último trato que tuve con un ser vivo fue hace 5 meses. Eran los perros de mis vecinos del primero, la pareja de gays. Al principio los alimenté, me dieron pena la verdad, en algunas ocasiones incluso me sirvieron de compañía. Los rebauticé como Gauss y Tesla, no tenía ni puta idea de cómo se llamaban. Eran dos carlinos, no muy mayores. Pero ladraban de la hostia, todas las noches montaban una maldita jauría allí abajo...atraían a demasiados "invitados" a mi calle. Al final sirvieron de comida para la marabunta.

Pronto será la hora de generar electricidad, instalé una dinamo en una bicicleta estática que conseguí en uno de los habituales expolios que se sucedieron cuando todo esto comenzó. ¿Quién se rie ahora por cargar con una bicicleta entre todo el caos reinante eh pringados? Con ella recargo varias baterías que tengo distribuidas por casa y que me sirven para poder encender la vitrocerámica, recargar el ordenador, la radio e incluso el móvil, aún albergo alguna esperanza.

No todo es tan malo al fin y al cabo, practico ejercicio, me dedico a la botánica y mantengo la cabeza ocupada escribiendo de vez en cuando.

Ups, el indicador de batería se ha activado, hora de pedalear.